

“Una fecha inolvidable (Recordando a Miguel Espinosa)”

*Asklepios o la añorada infancia de Miguel Espinosa*

Francisco Sánchez Bautista

Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 2007

El día 29 de junio del año 1956, en Llano de Brujas, mi pueblo natal, conocí a Miguel Espinosa en casa de los hermanos Pepe y Antonio Baños. Miguel tenía 30 años y yo 31. Él había nacido en Caravaca en 1926; yo en Llano de Brujas en 1925. Así, que pertenecemos a los llamados hijos de la guerra.

Los hermanos Baños y Miguel se conocían desde niños como compañeros de colegio de los Maristas. Por tanto, era una gran amistad la que les unía al escritor.

Recuerdo que estábamos en fiestas: las fiestas patronales en honor a San Pedro. Por aquellos años y aquellas fechas (1952-1964) estaba yo destinado en Fortuna y, como de costumbre, había venido a mi pueblo a celebrar las fiestas con la familia y con los amigos.

Los hermanos Baños, al verme pasar, me invitaron a sentarme con ellos un rato al fresco, para ver a los vecinos divertirse, pues ellos vivían (han fallecido ya los dos hermanos) en la calle Mayor, donde entonces se celebraban las fiestas.

Paco –me dijeron-, te vamos a presentar a un compañero de colegio que está preparando un libro para publicarlo el próximo año. Y así lo hicieron.

Desde el principio congeniamos. Miguel, con su agudeza y parsimonia, me habló del libro en cuestión, que no era otro que su *Consideraciones sobre Norteamérica*. También yo le hablé de mi primer libro, que por esos días ya lo tenía bastante adelantado. Se trataba de *Tierras de sol y de angustia*. Cambiamos impresiones sobre poesía y ensayo, que era donde yo podía defenderme con más soltura. Así pasamos la tarde y parte de la noche, donde era él el que llevaba la voz cantante, para satisfacción de todos los allí reunidos.

Quedamos en que nos veríamos con más frecuencia. Me invitó al Café Santos, que yo desconocía, donde formaba tertulia con el pintor Ceferino Moreno y Teresa Soubriet, que después sería mujer de Ceferino, y algunos más que se han perdido en el anonimato.

El año 1957 fue para Miguel, y también para mí, el año en que, tímidamente, nos dimos a conocer con los dos libros ya citados.

En el Café Santos había mucho movimiento de gente nueva que quería salir de aquella asfixia impuesta por la Dictadura. Nada a nuestra edad nos arredraba. ¡Éramos tan jóvenes! Yo venía por lo menos una vez al mes desde Fortuna a Murcia y siempre me acercaba al Café Santos, donde se mantenía viva y temeraria la tertulia.

El pintor Ceferino creó los Premios de Poesía y Narrativa “Café Santos”, y esto animaba y daba trascendencia a la tertulia, que adquirió resonancia nacional, gracias a nuestras buenas relaciones con periodista y medios de comunicación.

Miguel era muy parco: sólo un cafelito y un cigarrillo. Ahora, que en lo conversador era muy persuasivo, ingenioso e incisivo. Alguna vez acudía con su hijo Juan, entonces un niño de pocos años que llamaba la atención por su vivacidad.

Miguel amaba el mundo griego (por entonces comenzó a escribir su libro *Asklepios*), como igualmente yo también lo amaba. Recuerdo que durante mis vacaciones del verano de 1960, me acercaba a la tertulia desde Llano de Brujas a Murcia en bicicleta. Alrededor de las dos de la tarde, yo les decía: me voy, que aún me quedan que hacer 5 kilómetros en bicicleta y media hora larga bajo el sol de agosto.

Recuerdo que Miguel me preguntaba:

-Ahora, cuando llegues a tu huerta, ¿qué vas a hacer?

-Comer tranquila y reposadamente –le contestaba.

-¿Y después? –proseguía.

-Dormir la siesta hasta que baje el sol.

-Y una vez dormida la siesta, ¿qué otra cosa haces? –inquiría con gran curiosidad.

-Pues me salgo a la sombra de los olmos y (la casa era de mi mujer y a su alrededor había, además de muchos olmos, álamos, chopos, parrales, moreras, sauces llorones y

plataneras), me siento sobre el margen de la acequia Nelva, que pasa rozando los muros de la casa, me arremango el pantalón hasta las rodillas y meto las piernas en el agua que discurre fresca y pura mientras leo a un clásico. Este contacto tan vivo y directo con el agua, con la Naturaleza, me hace feliz –le dije.

-¿Estás oyendo, Ceferino, lo que dice Paco? –exclamó jubiloso. ¡Cómo lo envidio!  
¡Vive como un griego!

Por esos años (1960-1964), Ceferino y Tere crearon la colección de poesía Laurel del Sureste. El proyecto era publicar 10 libros de poesía, pero sólo se publicaron dos: *En la tierra de nadie*, de Carmen Conde, con prólogo del Profesor Baquero Goyanes y dibujo de José Planes. El libro apareció el 3 de agosto de 1963.

Al año siguiente (1963) apareció mi libro *A modo de glosa*, con prólogo de don José Ballester y dibujo de José María Párraga. Este libro está fechado el día 10 de agosto de 1963.

Al año siguiente, el pintor Ceferino Moreno y Teresa Soubriet, marcharon definitivamente a Madrid. El grupo de los tertulianos compuesto por pintores como José María Párraga, M<sup>a</sup> Dolores Andreo y la escultora Elisa Séiquer, entre otros, empezó a languidecer. Miguel Espinosa sintió mucho esta separación, pues era de los más asiduos. Se llevaba muy bien con Ceferino y Tere.

La vida y el amor a las letra seguía en Murcia y nuestra amistad se mantenía inquebrantable. En 1974, Miguel publicó su monumental *Escuela de Mandarines*, por la que le dieron el Premio Ciudad de Barcelona. En 1976, Miguel prologó mi libro *Encuentros con Anteo*, del que guardo las pruebas por él corregidas. La portada de este libro la ilustra un descomunal Anteo pintado por el no menos descomunal genio José M<sup>a</sup> Párraga. En febrero del año 1982, me presentó la *Obra Poética*, con un prólogo de Leopoldo de Luis, editada por la Editora Regional, cuyo texto fue después incluido por el Profesor Díez de Revenga en su recopilación de artículos, *En el grato caudal de lo vivido*. La transcripción de dicha presentación fue hecha por el también profesor José Antonio Postigo.

Alguna vez salíamos por los alrededores de Murcia. Recuerdo que el año 1976 fuimos a cenar a la Taberna del Cojo, en Corvera. La nómina de amigos de aquella memorable noche era amplia, pues allí estaba el poeta Cano Pato y Conchita, su mujer; Salvador

Montesinos y Dionisia; Antonio Segado del Olmo y M<sup>a</sup> Dolores; (Antonio Segado era el benjamín de aquella tertulia, escritor inquieto y valioso animador de nuestra mejor cultura) Ángel Hernansáez y su mujer; Miguel y Marta Crespo, que fue la que lo llevó en su coche; y mi mujer y yo.

Pasamos una velada inolvidable echando troncos al fuego y charlando sin remilgos. Después de la cena, el dueño de la taberna nos llevó a su bodega donde había una hilera de toneles con firmas de escritores y pintores que habían pasado por su casa.

Miguel Espinosa era muy ocurrente y tenía gracia y desparpajo para contarnos anécdotas y otros lances de su vida. Recuerdo cuando se celebró el primer Congreso de escritores murcianos (y también el último, pues acabó como el rosario de la aurora), que durante los días que duró aquel evento, se presentaba siempre muy pulcro, y al decirle qué elegante vas, Miguel, nos contestaba. “¿Veis esta cazadora de ante? Pues me la ha regalado fulanita”. “¿Y esta camisa de marca, que tan bien me cae? ¿A que no adivináis quién me la ha comprado? Pues menganita”. “¿Y estos calcetines? (Miguel se arremangaba coquetamente el pantalón para que se los viéramos) Pues estos se los tengo que agradecer a zutanita”. Y así nos hacía parsimoniosamente el recuento bien detallado de los regalos recibidos de sus muchas amigas, que conocemos, porque él no omitía nunca sus nombres.

La última vez que estuve con Miguel fue el 25 de febrero del año 1982. Él venía por Trapería, a la altura del Gato Negro, y yo iba para Santo Domingo. Nos alegramos mucho de encontrarnos. Me preguntó si llevaba algún viaje determinado. Le dije que no. Entonces me invitó a que lo acompañara hasta el Rincón de Pepe. Y allá nos fuimos los dos. Me contó que iba allí con cierta frecuencia porque, además de ver entrar y salir a las gentes con sus tareas y afanes, lo pasaba tranquilo tomando notas o leyendo desde un discreto rincón. Tanto él como yo hablamos mucho de lo peligrosa que estaba resultando la transición democrática, y reprobamos la intentona de golpe de estado habida dos días antes. Pocos días después murió de la manera fulminante que todos hemos lamentado. Tenía 56 años. Su inseparable Pepe López Martí y algunos más que lo tratamos con intimidad, cómo lo hemos sentido. Hoy tendría 81 años. Han pasado 25 desde el día de su muerte, y creo que, de vivir hoy, nada hubiera cambiado su escepticismo acerca de las cosas que ocurren en España, donde la burguesía, que él tanto satirizó, y los políticos, hinchados y chabacanos, seguirían teniendo en su

concepto de escritor agudo y avisado el mismo que conocemos en *La Feliz* *Gobernación* de su *Escuela de Mandarines*, o en *La fea burguesía*.

Digamos que fue un hereje social que no comulgó con la asfixiante mediocridad burguesa; y añadamos, también, su firme heterodoxia como fabulador y creador de arquetipos únicos en tiempos en que la novela llamada social no pasaba de ser un espeso berzal.

Murcia, 14 de febrero de 2007